

Religiosos budistas salmodiaron oraciones antes de las exequias. En la foto de la izquierda vemos al Presidente de la República y a la hija de Nehru. Abajo, una urna con

NEHRU VISTO POR ALBERTO MORAVIA

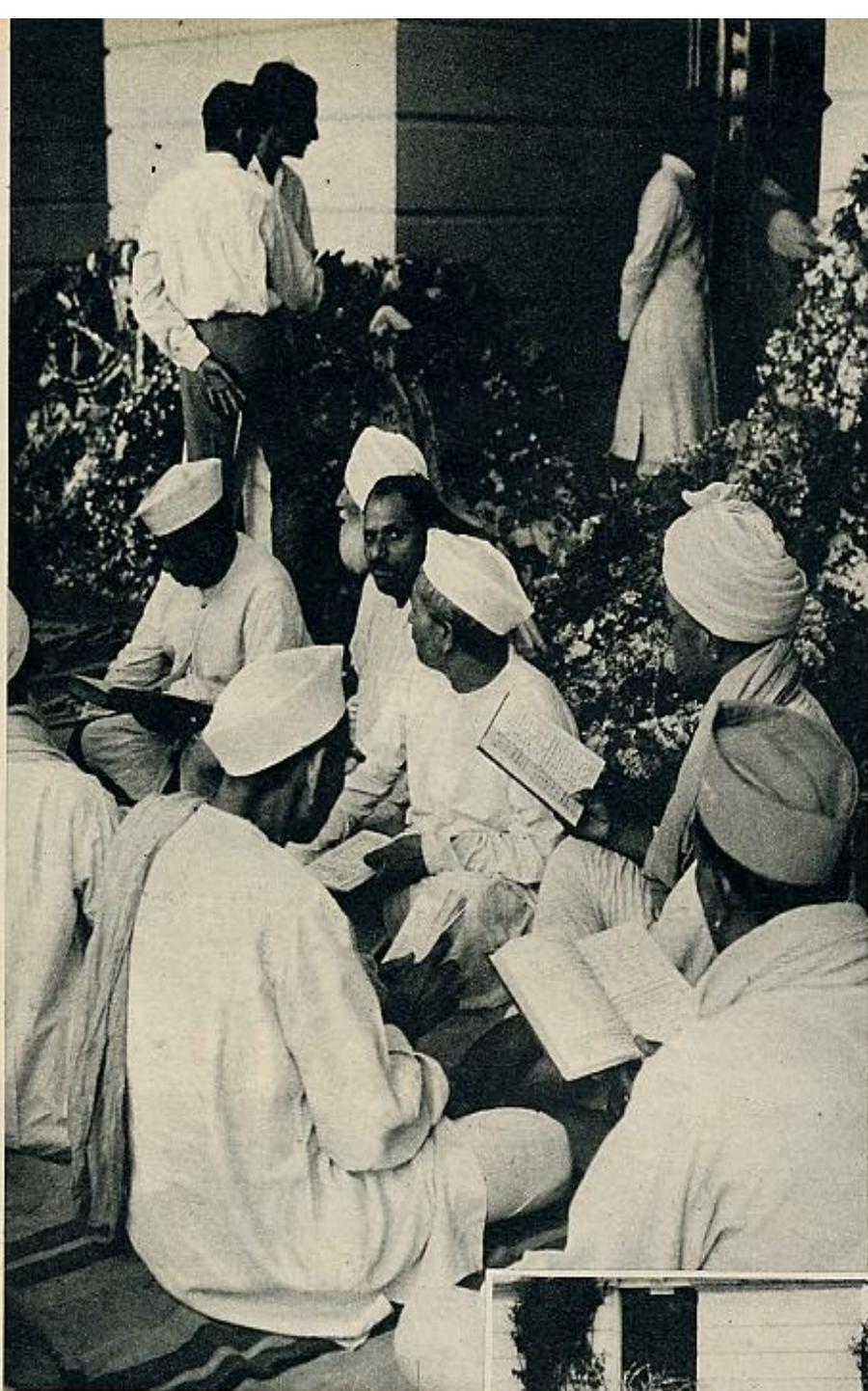
Uno de los mejores escritores contemporáneos, Alberto Moravia, nos ofrece un retrato psicológico del Pandit Nehru. El autor de novelas como «La romana», «El indiferente», «El aburrimiento», «Cuentos romanos» y «El desprecio», sale del mundo de la literatura de creación y penetra en el de la observación periodística. En su libro «Una idea de la India», de inminente aparición en España presentado por la Editorial Horizonte, Moravia dedica un capítulo a estudiar la figura de Nehru como intelectual y hace, con la precisión que cabía esperar en él, la semblanza del gran estadista hindú. Consideramos de interés para nuestros lectores este texto de Alberto Moravia sobre Nehru, que publicamos en exclusiva.

FUI a ver a Nehru, con el embajador de Italia, Giusti del Giardino, dos veces en el mismo día. La primera, en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El Primer Ministro estaba sentado tras una gran mesa en forma de herradura, casi vacía de papeles. Estaba vestido de la forma tan conocida, tal como se le ve en las innumerables fotografías que adornan muchos edificios públicos y privados de la India: túnica blanca, desde el cuello hasta las rodillas, pantalones llamados *ejohdpura*, también blancos, ajustados desde las rodillas hasta los tobillos. En

el ojal, el capullo de rosa roja que Nehru acostumbra llevarse cada poco a la nariz mientras habla. Nehru es de origen brahmán, es decir, de la casta tradicionalmente versada en la lectura e interpretación de los textos de la religión brahmánica; tiene el rostro del intelectual europeo de formación científica y universitaria. La frente es alta, serena, armoniosa; los ojos, muy oscuros, tienen una mirada inquieta, aguda, ambigua; la boca tiene una expresión al propio tiempo benévola, hastiada y dura. De toda su cara se exhala un aire de atracción indefinible que la sonrisa, muy agradable, confirma.

Nehru nos recibió en seguida con afabilidad oficial: pronunció unas cuantas frases de circunstancias, hojeó con cierto nerviosismo el catálogo de la exposición india en Roma que tenía sobre la mesa. Luego, de improviso e inesperadamente, pareció interesarse por la conversación. Pero no tenía tiempo: había de recibir a unos periodistas europeos. Se levantó y, encasquetándose el gorrito blanco, nos invitó a ir a verle a su residencia aquella misma noche.

Nos presentamos en ella, pues, al atardecer. Una criada en sari rojo oscuro nos hizo subir por la moderna escalinata de la amplia mansión ex virreinal hasta llegar a una gran sala con muebles y objetos chinos. Un diván y dos sillones con una mesita baja delante parecían aludir a la posibilidad de una con-



desinteresadas, con poco tiempo y, acaso, con pocas ganas de perderlo.

Por otra parte, sentía gran curiosidad por ver si en la persona de Nehru se transparentaban los tres rasgos que le atribuyen: la vanidad del hombre que se sabe atractivo y lleno de encanto; la facilidad para la impaciencia y la cólera del demiurgo liberal que querría que todo se hiciese sin coerción pero de acuerdo con sus designios; y la inclinación al aburrimiento del político, que a menudo se ve obligado, por deber de oficio, a escuchar cosas y personas aburridísimas. De la vanidad no noté sino la gran elegancia en el vestir y ese frecuente gesto, gracioso y oriental, de llevarse el capullo de rosa a la nariz; la impaciencia y la cólera no aparecieron, aun cuando el rostro de Nehru, levemente hipocóndrico, haga suponer que puede caer en ellas; pero el aburrimiento, sin que lo dejara traslucir en ningún momento, estaba en mi mente en forma de una continua aprensión de no saber elegir los temas y las palabras que pudieran interesar a mi interlocutor.

En realidad, como pensaba, el verdadero sentido de la personalidad de Nehru no podía hallarse en las cosas que me estaba diciendo, sino en su presencia y en el particular magnetismo de esta presencia. Una vez más constataba así la decadencia de la palabra respecto a otros más irracionales medios de comunicación y relación.

En todo caso, a pesar de la tensión que me provocaban estas reflexiones, desfilaron por la conversación todos los temas indios: la superpoblación, el problema de los refugiados, las relaciones con China, la pobreza y el atraso de las masas, el progreso científico, etc. Nehru, quien, en varias ocasiones, cumplió en total bajo los ingleses nueve años de cárcel, nos habló también de la atención contemplativa a la que se ve constreñido el hombre en prisión y pareció entonces animarse un poco, pero con modestia y distanciamiento. Respondía con una precisión que, no obstante, escondía un fondo de evasividad, justificado por lo demás; e interrogaba a su vez con una curiosidad y una frescura de intereses halagadoras. Al final, noté que los ojos del Primer Ministro, normalmente atentos e inquietos, se habían fijado en el vacío, como en algo que sólo él estuviera viendo. Esta distracción me pareció elocuente y me apresuré a pedirle que firmara un ejemplar de su autobiografía, lo que hizo de muy buen grado. La visita había terminado.

ALBERTO MORAVIA



Las cenizas de Nehru, sobre el sillón donde reposaba.

versación menos formal que la del Ministerio de Asuntos Exteriores. Y, en efecto, al poco entró Nehru y con su curioso paso breve y apresurado vino a sentarse en aquel diván, conmigo a su derecha y el embajador de Italia a su izquierda. No quiero reproducir aquí la conversación, que duró una hora exacta, controlable en un pequeño despertador que había sobre la mesita junto a la cafetera y a las tazas del café; no había sido preparada, ni pretendía ser una entrevista; más que las cosas que se dijeron, conté, al menos para mí, la relación directa con la persona del Primer Ministro.

Parecerá extraño, pero yo me sentía mucho más embarazado ante Nehru, tan natural, tan afable, tan intelectual, de lo que me habría sentido ante un dictador formalista y autoritario, habituado a decir y escuchar siempre las mismas cosas. El dictador, en efecto, no me habría exigido sino un comportamiento convencional, casi ritual, y una cantidad limitada de frases hechas y de lugares comunes. Nehru, por el contrario, sentía que exigía de mí un esfuerzo continuo de reflexión, de elección, de comprensión y, en suma, de invención. Era, desde luego, un intelectual; y esto me inspiraba gratitud y confianza; pero, al mismo tiempo, era un estadista, es decir, un intelectual dotado de inmenso poder, acostumbrado a que no le contradijeran, lleno de mil preocupaciones no todas